

El Espíritu Santo

“El Espíritu Santo, como Dios, existe antes de todos los siglos y existirá siempre, no tiene principio ni fin tal como el Padre no tiene principio y es coeterno con el Hijo. El Espíritu Santo es el inagotable manantial de la vida que anima a la criatura toda. Es manantial de luz material y espiritual que ilumina al mundo y a los hombres. Es todo amor y bondad concedido a los creyentes.”

San Gregorio el Teólogo

“Se llama llave al Espíritu Santo porque es por Él y en Él como nuestra mente brilla primero y, purificados, somos iluminados con la luz del conocimiento, bautizados desde lo alto y regenerados, y nos llamamos hijos de Dios... Él es el que nos muestra la puerta (el Hijo), que es la luz, y la puerta nos enseña que aquél que habita en la casa (el Padre) es Él mismo luz inalcanzable. Ningún otro sino Dios es el que la habita ni otra luz su casa, sino que Él mismo es a la vez casa y habitante, luz y Dios.”

San Simeón el nuevo Teólogo

“El objeto de la vida Cristiana es obtener el Espíritu Santo. La oración, la vigilia, la abstinencia y las obras de caridad que se ejecutan por Cristo, todos son medios para obtener al Espíritu Santo.”

San Serafín de Sarov

Noticias

74 aniversario de la Asociación Kalaat Yandal

El pasado domingo 8 de junio se celebró el 74to aniversario de la Asociación de Beneficencia Siria Kalaat Yandal. Para celebrar dicho acontecimiento se celebró la Divina Liturgia en la Catedral San Jorge donde se recordó la memoria de los socios fundadores de dicha institución. Al finalizar la misma se realizó un almuerzo comunitario en los salones de la Asociación en

donde Monseñor Siluan dirigió sus palabras a los presentes. En dicho momento, Monseñor recordó el símbolo de unión que tenían los primeros integrantes de la Comisión al reunirse semana a semana a compartir el pan tanto espiritual como material. Muchas felicidades para los miembros de la institución y para todos los descendientes de dicha ciudad siria.

Reunión extraordinaria del Santo Sínodo Antioqueno

El Patriarcado de Antioquia ha anunciado que el próximo martes 17 de junio en el Monasterio de Nuestra Señora de Balamand (Líbano) se realizará una reunión extraordinaria del Santo Sínodo Antioqueno. El motivo de dicha reunión es tratar la situación de las distintas sedes antioquenas que se encuentran vacantes entre las que se encuentran Akkar (Líbano) y París (Europa) por los recientes decesos de los Metropolitos de dichas ciudades. Elevamos nuestras oraciones para que Dios guíe a nuestros Padres en estos momentos decisivos.

Los evangelios de la semana

Lunes 16:	San Mateo 18:10-20
Martes 17:	San Mateo 4:25-5:13
Miércoles 18:	San Mateo 5:20-26
Jueves 19:	San Mateo 5:27-32
Viernes 20:	San Mateo 5:33-41
Sábado 21:	San Mateo 5:42-48
Domingo 22:	San Mateo 10:32-33, 37-38, 19:27-30



La Voz del Señor

Año VII - Nro 24 - 15 de junio de 2008

Domingo de Pentecostés

Agua, ruido y lenguas de fuego en Pentecostés

“El que cree en mí... ríos de agua viva correrán de su seno. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en Él”

A través de las lecturas bíblicas en la divina liturgia de Pentecostés, se nos presentan varias expresiones para hablar del Espíritu Santo, de su presencia y de su acción en los fieles. En efecto, en el evangelio se habla de agua viva, mientras que en los Hechos de los Apóstoles se habla de ruido y de lenguas de fuego.

La promesa del Señor de que “El que cree en mí... ríos de agua viva correrán de su seno. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en Él” se realizó en Pentecostés. El Espíritu Santo está personalizado por el agua viva que iba a correr del seno de quien cree en Cristo. Sin embargo, la expresión que el agua corre del seno presta a confusión, porque el seno representa lo terrenal y lo corrupto; ya que es el miembro menos honrado del cuerpo, y que, si comemos mucho, estaremos cansados, sin ganas para rezar o trabajar. ¿Acaso no hubo mejor lugar del cual el agua viva podría correr, como la cabeza, los ojos o las manos? A pesar de esta aparente contradicción, el Señor apuntaba, en efecto, hacia una nueva realidad donde, precisamente, lo corrupto se hará incorrupto, donde la llegada del Espíritu transformará nuestra corruptibilidad en incorruptibilidad; donde lo que se realizó en la resurrección del Señor se nos está

ofrecido a realizar en nuestra propia existencia.

Si el agua corriente, cuando está en un torrente, no se puede frenar, sino limpia y saca lo que le resiste, así el Espíritu nos hará perfectos, pero siempre con la diferencia de que, cuando un diluvio viene sobre nosotros, no es por nuestra propia voluntad que el agua viene, mientras que el Espíritu Santo viene sólo si lo deseamos y buscamos hacer la voluntad de Dios y guardar Sus mandamientos. Es bajo esta sola condición que el agua viva fluye y nunca termina, no solamente de nuestro seno, sino también de cada miembro de nosotros.

Cuando el Señor envió a su Espíritu Santo es a fin de guiar hacia la perfección a los que estarían dispuestos a escuchar. Es cierto que no todos escucharon a Cristo, como por ejemplo los fariseos, pero pocos creyeron en Él. Por ello, en Pentecostés observamos dos aspectos complementarios, por una parte, “un ruido, proveniente del cielo, como el de un viento que sopla impetuosamente”, y por otra parte, “lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos”. Resulta que los reunidos se quedaron llenos del Espíritu Santo y “empezaron a hablar... según lo que el Espíritu otorgaba expresarse”.

Si las lenguas se posaron sobre cada discípulo es porque el don del Espíritu Santo es personal. Cada uno lo recibe personalmente. El mismo fuego divino se derramó sobre todos, pero se dividió para mostrar que cada uno recibe el mismo y único Espíritu Santo. Además, el Espíritu no se derramó sobre toda la humanidad “porque el mundo no le ve ni le conoce” (Juan 14, 17), sino solamente sobre los discípulos. Las lenguas se posaron sobre los que Jesús había preparado para recibir al Espíritu Santo, los que estuvieron “todos juntos en un lugar”, perseverando “unánimes en la oración” (Hechos 1, 14).

A la disposición de recibir al Espíritu sucede la predicación, el testimonio. Efectivamente, el Espíritu descendió en forma de lenguas, porque

la lengua es la herramienta de la habla. Quien recibe el Espíritu en forma de lengua de fuego se vuelve portador de la palabra de Dios y responsable de anunciarla y difundirla. Por ello, los discípulos empezaron a hablar en varios idiomas, y el mensaje de Jesús, por la gracia del Espíritu, empezó a difundirse en todo el mundo. Así, si la recepción del Espíritu dependía de la voluntad del receptor, sin embargo, después de haberlo recibido, tiene la obligación de predicar, de dar testimonio de Él.

Es cierto que agua y fuego no pueden coexistir, pero sí, de acuerdo a Dios. Agua y fuego indican dos acciones distintas del Espíritu en nosotros: por una parte, el Espíritu nos hace nuevas criaturas, nos limpia, así como el agua; y por otra parte, Él consume lo sucio en nosotros, arde en nuestros corazones y nos anima para dar testimonio de Cristo. El testimonio, verbal o de conducta, que dieron los apóstoles, y desde entonces todos los santos, es parecido a *“un ruido, proveniente del cielo, como el de un viento que sopla impetuosamente”*, porque se trataba de una atestación muy fuerte de la presencia del mismo Espíritu por medio ellos. Es por esta razón que la lectura de los Hechos en la liturgia de este domingo está precedida por el *Prokímenon*: *“Por toda la tierra resuena su proclama, por los confines del orbe sus palabras”* (Salmo 18[19], 5).

En definitiva, quien tiene al Espíritu nunca conocerá la sequía, tampoco el fuego lo quemará. Tanto bajo la forma de agua como en forma de fuego, el Espíritu le dará eternamente la vida y encenderá su corazón con la certeza y la esperanza que, efectivamente, llegará de la *“imagen”* a la *“ semejanza ”* de su Creador (Génesis 1, 26). Indudablemente, se transformará en portavoz del Espíritu y dará su propio testimonio, a pesar de la incredulidad del mundo. Amén.

+ **Metropolitano Siluan**

Tropario de Pentecostés (Tono 8)

“¡Bendito eres Tu, Cristo Dios nuestro! Porque has revelado a los pescadores llenos de Sabiduría, habiendo vertido sobre ellos el Espíritu Santo; y por medio de ellos atrapaste al universo, Amante de la Humanidad, gloria a Ti”.

Kontakion de Pentecostés (Tono 8)

“Cuando el Altísimo descendió, confundiendo las lenguas, estaba dividiendo las naciones. Y cuando distribuyó las lenguas de fuego convocó a todos a una unidad. Por consiguiente, al unísono glorificamos al Espíritu Santísimo”.

Hechos de los Apóstoles (2:1-11)

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos con un mismo objetivo. De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; se llenaron todos de Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. Residían en Jerusalén hombres piadosos, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: *“¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa: Partos, medos y elamitas; los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene; los romanos residentes aquí, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios?”*

Santo Evangelio según San Juan (7:37-52, 8:12)

El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: *“Si alguno tiene sed, que*

venga a mí, y beberá. El que cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva.” Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado. Muchos entre la gente, que le habían oído estas palabras, decían: *“Este es verdaderamente el profeta.”* Otros decían: *“Este es el Cristo.”* Pero otros replicaban: *“¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo? ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de donde era David?”* Se originó, pues, una disensión entre la gente por causa de Él. Algunos de ellos querían detenerle, pero nadie le echó mano. Los guardias volvieron a los sumos sacerdotes y los fariseos. Éstos les dijeron: *“¿Por qué no le habéis traído?”* Respondieron los guardias: *“Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre.”* Los fariseos les respondieron: *“¿Vosotros también os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en Él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos.”* Les dice Nicodemo, que era uno de ellos, el que había ido anteriormente a Jesús: *“¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo que hace?”* Ellos le respondieron: *“¿También tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta.”* Jesús les habló otra vez diciendo: *“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.”*

Pentecostés

Pentecostés (del griego *pentekosté* (heméra) "el quincuagésimo día") describe la fiesta del quincuagésimo día después de la Pascua (Domingo de Resurrección). Durante dicha fiesta se celebra el descenso del Espíritu Santo y la fundación de la Iglesia, por ello también se le conoce como la celebración del Espíritu Santo y del Nacimiento de la Iglesia. En el ciclo litúrgico es una de las grandes fiestas y ocupa el lugar más importante después de Pascua y Navidad. Al finalizar la Divina Liturgia se realizan las

“Postraciones de Pentecostés” una serie de oraciones consagradas a invocar la presencia, ayuda y sostenimiento a la Iglesia de parte del Espíritu Santo.

El fondo histórico de tal celebración se basa en la fiesta semanal judía llamada *Shavuot* (fiesta de las semanas), durante la cual se celebra el quincuagésimo día de la aparición de Dios en el monte Sinaí, por lo tanto en el día de Pentecostés también se celebra la entrega de la Ley (mandamientos) al pueblo de Israel.

Pero además, en nuestra Iglesia existe la celebración de la así llamada Fiesta de la Santa Trinidad la cual celebramos el día lunes posterior a Pentecostés. Con Pentecostés termina, análogamente, el tiempo pascual de los 50 días.

De múltiples formas y maneras, utilizando imágenes y semejanzas unas veces, y en forma muy concreta, otras, el Señor prometió el don divino del Espíritu Santo. A sus discípulos dijo que no los abandonaría: *“Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador que estará con vosotros para siempre: El Espíritu de Verdad”* (Jn 14:16-17). El dará el Espíritu Santo, la tercera persona de la Santísima Trinidad, quien dará a conocer y enseñará la verdad a los hombres: *“Cuando venga el Consolador que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí”* (Jn 15:26).

Y todo se cumple, maravillosa y divinamente. Cincuenta días después de su gloriosa Resurrección y a diez de su divina Ascensión, *“estando todos juntos en un lugar”* (en el mismo sitio en donde se efectuó la Cena Mística), se produjo repentinamente un ruido proveniente del cielo, como de un viento impetuoso, que llenó toda la casa donde se encontraban reunidos los apóstoles, discípulos y demás creyentes. Cuando, al mismo tiempo, aparecieron como lenguas de fuego que se posaron, descansaron, sobre cada uno de ellos, *“quedando todos ellos llenos del Espíritu Santo”*.